

La Esfera 22-NOV. 92 p. 16
(Supl.)

CRONICAS

AAA
(AA1187251)
000159626

OSCAR VEGA

En los años finales de la década del cincuenta apareció por Concepción un señor bajito, vestido pulcramente, de corbata seria y con una mirada vivaz. Venía desde Valparaíso y llegaba a participar de los vieiros renovadores que se celebraban en la universidad penquista.

La ciudad aún no despertaba de aletargados sueños de provincia oscura. En la Plaza de Armas, los domingos, luego de la misa de doce, la banda militar del maestro Adriano Reyes animaba el alboroto de la concurrencia. A diez cuadras del centro, en las apacibles calles, picoteaban las gallinas. En el pequeño mundo de los intelectuales provincianos se hablaba en voz baja, acerca de ese profesor. "Es poeta", decían. Entre aquellos contertulios destacaban el novelista Daniel Belmar, el ensayista Alfredo Lefebvre y los vates Caspolicán Montalvo, Alfonso Alcalde y Raúl Irujo. Todos lanzaban dudosas alabanzas al forastero. "Es el autor de *La Misericordia del Hombre*, perteneció al grupo Mandrágora", agregaban.

De pronto, en el transcurso de los veranos, la Universidad se iluminó. Surgieron actividades, exposiciones y cursos de temporada. En ellas participaban no solamente estudiantes sino también dueños de casa, mineros del carbón, empleados fiscales y campesinos venidos de Rafael, Florida o Santa Juana. Se comenzó entonces a hablar mucho más fuerte y seguro de los problemas de la cultura. Poco a poco y con el correr de otros años fue llegando más gente al baile. Algunos zarzillos y otros ya consagrados. Todos ellos intelectuales duchos en la polémica. Venían, incluso, desde otras capitales del mundo y vivificaban el ambiente. En el diario local, *El Sur*, bajo la dirección del periodista Emilio Filippi, se abrían generosas las columnas a las entrevistas y a los trabajos de autores nuevos. Surgía un rico intercambio de ideas. La vida suelta cambiaba del cielo a la tierra.

El señor que había llegado desde el norte, sumándose a tanta fiesta, era un motor infatigable. Organizaba los encuentros, dirigía las jornadas, ganaba incluso el Premio Municipal de Arte, máximo galardón de la ciudad. Se llamaba Gonzalo Rojas Pizarro. "La poesía es nuestra sangre",

dijo durante una larga entrevista cuando me recibió, rodeado de libros y de apuntes, en su pequeño hogar de la calle Orompello. Obsequió a este reportero, que entonces llevaba pantalones cortos, como recuerdo, una maravillosa traducción de los poemas del francés Paul Eluard y en ese



ROJAS, EL ILUMINADO

texto una frase especialmente subrayada: "Pase lo que pase soñemos, pase lo que pase, vivamos".

Estoy ahora despatchando esta crónica a miles de kilómetros de distancia, desde la calidez del Caribe. Aquí hay miseria negra y enorme belleza de aguas azules purpúreas. Un fax, proporcionado por el embajador chileno en Jamaica, Jaime Gana, trae la noticia: Gonzalo Rojas ha ganado el Premio Nacional de Literatura 1992.

El poeta, ese "pequeño dios" como lo define Huidobro, alcanza reconocimiento oficial. Ya era tiempo. Rojas, que lleva tantos inviernos buscando su ese oficio mayor, le da prelación a un premio que, por tantos años, fuera aborrecido y maltratado, convertido en una mercancía vil destinada a alabar a los escuadras intelectuales amigos de la dictadura.

A Gonzalo Rojas, hoy, en la plenitud de las setenta y tantas primavera, lo sigue la gente joven. Conocen sus versos que van destrenzando el drama humano. "¿Qué se ama cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida o la luz de la muerte?"

Hay en estos días otros sacos que ensalteen a las letras de nuestro continente. Los galardones literarios de mayor relevancia este año han sido para escritores ligados profundamente a nuestras raíces. Derek Walcott, poeta de las Antillas anglofonas, ha sido honrado con el Nobel de Literatura; la poetisa cubana de noventa años, Dulce María Loynaz, que representa a la desahogada lírica de una generación que incluyó a Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, entre otras figuras, ganó el Premio Cervantes; Patrick Chamoiseau, narrador francés antillano, ha merecido el Goncourt de Francia por su novela *Tenaxos*; y Gonzalo Rojas es, además de Premio Nacional en Chile, premio Reina Sofía de la poesía en España.

En la honda tradición poética nacional, con el peso enorme de Neruda, Huidobro, De Rokha y Gabriela, y con figuras que mantienen la palabra en ascuas, como Nicancor Parra y Jorge Teillier, la presencia de Gonzalo Rojas se mantiene singularísima. Cálida honda, llega lejos. Ella llama alimentada con fervor desde sus años oscuros, en el norte, o en Lota, o en el exilio, acaso en largas estancias como profesor en los Estados Unidos o en las incansables caminatas y diálogos que muchas veces hicimos juntos por las calles de Berlín, se expresa ahora en nuevas publicaciones.

De la mano del autor de *Las Hormonas* o *Materia de Testamento*, dos de sus títulos importantes, vienen estrechadas las voces infinitas de los que pisan fuerte: Teresa de Avila, César Vallejo, Francisco de Quevedo, Paul Celan, Apollinaire, Arthur Rimbaud o de chilenos humildes y grandiosos, como lo fuera Carlos Pezoa Véliz.

He aquí a Rojas, poeta inmenso y solitario, sólo como un astronauta en el espacio. Nos otorga la esperanza, la que nace de los huesos, de la realidad. Allá en Chillán, en su casa cordillerana atravesada por el río, el Torroño del Renegado, lo veo como un vigía, en un mundo contradictorio, incierto e inseguro, donde hoy, más que nunca, se necesita tanto de la fuerza del espíritu humano.

Rojas, el iluminado [artículo] Oscar Vega.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vega, Oscar

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rojas, el iluminado [artículo] Oscar Vega. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile